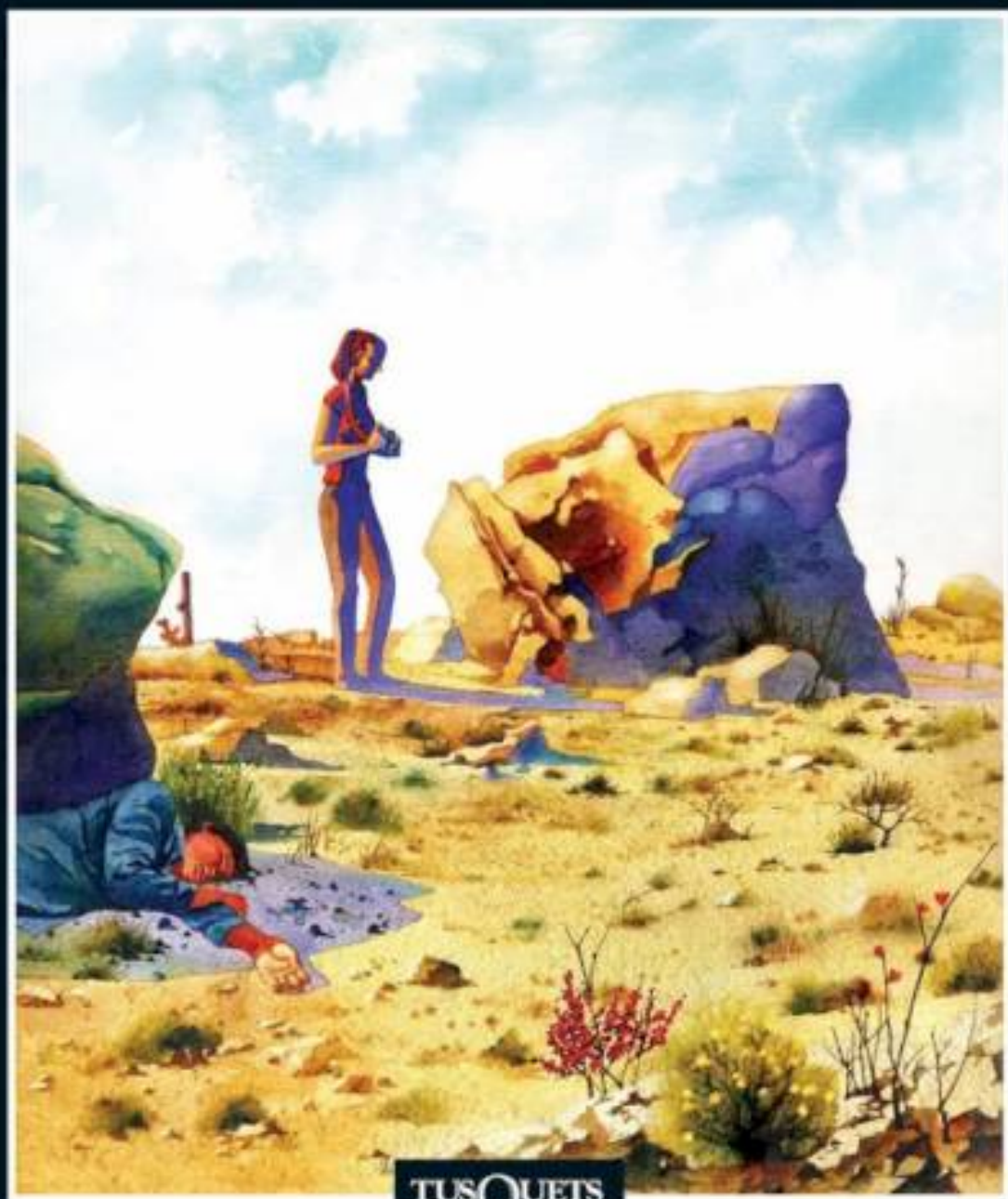


Cristina Rivera Garza

LO ANTERIOR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

- I. Lo único cierto
- II. La manera indirecta
- III. Señas particulares
- IV. Ventriloquist looking
at a double interior, 1988
- V. Antefuturo
- VI. Después

acp, acp

LO ÚNICO CIERTO |

un hombre en el desierto

Al inicio, cuando ya se encontraba en su campo de visión pero no en el de su conciencia, supuso que se trataba únicamente de la sombra de una roca. Se aproximó poco a poco, con el rostro detrás de la cámara, apretando el disparador una y otra vez. Sin saber. Capturaba cosas pequeñas: piedras, espinas, grietas. Sólo se paró cuando aparecieron los dedos de una mano en el recuadro. Contuvo la respiración por un momento. Cerró los ojos. Pensó que se trataba de una alucinación. Cuando los volvió a abrir, el hombre todavía estaba ahí, tendido sobre la tierra, medio protegido del sol vespertino por la sombra de una roca gigantesca. Quiso darse la vuelta y regresar a su camioneta como si nada hubiese pasado. Quiso, aún ahí frente a él, que nada hubiese pasado. Se quedó inmóvil. Dos estatuas en el desierto. Dos muertos. Tuvo deseos de tomar esa fotografía también. Fue entonces que se le acercó y colocó su oído sobre el pecho. Comprobó que su corazón latía. Que no había rastros de violencia sobre su rostro. Que no había sangre sobre su cuerpo. Esculó los bolsillos de la camisa y del pantalón tratando de encontrar alguna identificación, pero sólo halló un papel arrugado.

«El amor siempre ocurre después, en retrospectiva.
El amor es siempre una reflexión. Lo supo la tarde en

que lo vio sentado al otro lado de la mesa, su mano...»

No había más. Y ella quiso saber más. Todo empieza en realidad por querer saber. El mal siempre empieza por querer saber. Más.

ciertos gustos

Le gustaba ir al desierto por la tarde. En domingo. Cuando el mundo se acababa y no quedaba más por hacer, tomaba la cámara fotográfica y se subía a la camioneta. Dejaba todo atrás. Manejaba con precaución pero a tanta velocidad como le era posible en una carretera angosta de sólo dos carriles. La urgencia la llevaba siempre ahí, a la orilla de la orilla, ahí donde la tierra adquiriría la faz de otro planeta. Pensaba en Urano. Pensaba en Saturno. Pensaba en lugares que no conocía y se los imaginaba en todo detalle. Luego cerraba los ojos y los veía. Los creaba. Se iba a vivir a ellos. Se confirmaba a sí misma. Presenciaba la develación de su propia hipótesis. Su propia posibilidad.

una frase

El hombre le pareció hermoso. Si lo hubiera encontrado en una galería o en la cola del supermercado, lo habría visto con la misma curiosidad y la misma admiración. Tenía el cabello largo y la nariz respingada. Las horas o los días que había pasado a la intemperie le dejaron ese color cobrizo sobre la piel morena, una especie de ardor. Adivinó el color de sus ojos: un café muy claro. Había a su alrededor un halo de bondad o de daño. Nunca supo si fue eso u otra cosa lo que la conminó a tomarlo por debajo de las axilas y a arrastrarlo lentamente hacia su camioneta. Cuando logró acomodarlo en el asiento trasero se quedó observándolo por otro rato. No pudo evitarlo: sacó la cámara y le tomó una serie de siete retratos. Los labios resecos. Las pestañas tupidas. Las puntas del pelo. El anillo de jade. La piel. Las manos abiertas. Los zapatos. La vergüenza la obligó a detenerse. Luego sonrió a solas, meneó la cabeza, y se recriminó lo que estaba haciendo. Encendió el motor, el aire acondicionado, y manejó a toda velocidad hasta salirse del desierto. Hasta llegar de regreso a la ciudad.

–Debiste haberlo llevado al hospital –le dijo el médico que tomaba sus signos vitales en la recámara de su casa–. Puede ser alguien peligroso.

–O alguien que necesita ayuda –murmuró ella tratando de justificarse.

–O alguien buscado por la ley –la voz uniforme del médico no alcanzaba a ocultar su reprobación–. Un asesino. Un violador. Un asaltante.

Ella cerró los ojos y repasó cada una de las fotografías que le había tomado. El médico tenía razón: podía ser cualquiera. Tal vez la golpearía al despertar, enojado por encontrarse todavía con vida. Tal vez lloraría. Tal vez abriría sus brazos en signo de agradecimiento. Tal vez volvería a cerrar los ojos, pidiéndole que lo colocara una vez más bajo la sombra de una roca. Tal vez pronunciaría la palabra desierto. Las palabras: no existo.

–Todavía estás a tiempo –insistió el médico cuando insertaba una aguja en el brazo derecho y lo conectaba a una botella de suero–. Lo podemos llevar ahora mismo a una clínica.

La mujer le dio la espalda y, en silencio, salió de la recámara. Observó su casa. Los techos limpios, los pisos de madera, los muebles, los libros, los cuadros. No había nada que indicara la necesidad o la locura. Ningún objeto la traicionaba. Si alguien hubiera entrado al recinto por primera vez no se habría imaginado que la dueña de los pisos y los libros y los objetos había arrastrado a un moribundo hasta su casa sólo a causa de su belleza. Volvió a sonreír a solas. Volvió a recriminarse. Pero cuando el médico la encontró en la sala, cuando la tomó del codo para obligarla a verlo a la cara, no pudo decirle que se lo llevara.

–Él tiene algo que necesito saber –balbuceó mientras le entregaba el papel arrugado con la vista baja.

«El amor es siempre una reflexión.»

–Es sólo una frase –dijo el médico con la voz exasperada–. Es sólo una frase –repitió–. La pudo haber escrito cualquiera –añadió al final. Derrotado. Luego fue hacia ella y la abrazó. Le tuvo lástima. Le acarició el cabello. Y se tuvo lás-

tima también. Todo eso dentro de la inmovilidad de la mirada.

–La pudo haber escrito cualquiera, ¿entiendes? –le repitió una vez más, tomándola de los hombros, colocándose frente a sus ojos–. Cualquiera.

Se alejó de él porque sabía que podía tener razón. Sabía que todo podía reducirse a una cruel coincidencia. Un juego de niños ciegos. Pero volvió a recorrer su casa con la mirada y el silencio la ensordeció. Seguramente sin el enjambre de ese silencio no habría tenido el valor de encararlo otra vez.

–Alguien más lo sabe –le dijo desde detrás de un sillón, con las manos puestas sobre la orilla superior del respaldo–. Alguien más está convencido de lo mismo en este mundo. Puede ser él o alguien más. Pero alguien más sabe lo mismo que yo.

El médico le extendió los brazos y ella caminó en línea recta hasta acurrucarse nuevamente dentro de ellos.

–Es una locura –balbuceó sobre su pecho–. Estoy consciente de que es una locura –continuó a manera de disculpa.

–Anda, ofréceme un café –le respondió él de manera escueta–. No te voy a dejar sola en tu casa con un loco suelto. O con alguien más.

hacerse ilusiones

El hombre tardó días en abrir los ojos. Aunque la mujer y el médico se rotaban los turnos para cuidarlo, ninguno de los dos pudo presenciar ese momento. Ocurrió cuando estaba a solas, rodeado de un silencio imperativo, lineal. Lo hizo tentativamente al inicio, con la actitud del niño que espera ser golpeado en cualquier instante. O un perro muy flaco. Había esa clase de inseguridad en la tensión de los antebrazos, en la abrupta naturaleza de sus movimientos. La blancura de la habitación lo obligó a cerrar los ojos de inmediato y a imaginarse muchas cosas. Pensó que estaba muerto, que eso era ya la muerte, y tuvo frío. Luego llegó a la conclusión de que se encontraba en la cama de un hospital. Las dos cosas lo dejaron indiferente. Abrió los ojos una vez más con la misma indecisión y, de nueva cuenta, tuvo que cerrarlos a toda prisa. Le pareció increíble que el ojo se desacostumbrara tan pronto, de manera tan definitiva, a la intromisión de la luz. Lo poco que pudo vislumbrar, sin embargo, le gustó. La habitación estaba nimbada por la resolana de las seis de la tarde, ese velo dorado que anuncia las cosas que están a punto de irse. La luz de la fuga. La diminutiva. Antes de intentarlo nuevamente, distinguió ruidos humanos al otro lado de la pared. Música. Susurros. Alguien enunciaba palabras en un tono muy bajo y otra voz igualmente cuidadosa contestaba. Pronto identificó los dos

sonidos pero no pudo escuchar el contenido de la conversación. La música lo distrajo. Piano. Un piano. Sólo un piano. No supo por qué, pero estuvo seguro de que una de las voces era de mujer y eso, de manera por demás inexplicable, lo calmó. Entonces se atrevió a levantar los párpados y a mantenerlos así por un par de minutos. No había ningún objeto en la habitación que traicionara al dueño. Ni las cortinas, ni el color de las paredes, ni el nochero vacío le alcanzaron a transmitir información alguna sobre la persona que los había comprado y, después, acomodado en los lugares en que ahora los veía. Cuando oyó el ruido de pasos aproximándose cerró los ojos. Tuvo miedo. Y tuvo curiosidad. Pero el miedo fue mayor y mantuvo los párpados inmóviles.

–Parece que se ha movido –murmuró la voz femenina sin poder contener el tono soterrado de la esperanza.

–No te hagas ilusiones –contestó la voz masculina–. Aún si despierta nada nos puede asegurar que no haya daño cerebral o algo más. Tuvo una insolación terrible después de todo.

La voz femenina se aproximó a él. O algo más. Un cuerpo se sentó a la orilla de la cama y una mano le quitó los cabellos de la frente. La presencia despedía un aroma de flores blancas, de largos días secos. Se movía con cautela. Trató de reconocerla, de darle un nombre, pero no pudo. Aún con los ojos cerrados no la reconocía. No había ningún lazo de familiaridad entre ellos.

–Mira –dijo la voz femenina señalando el leve movimiento de las pestañas del hombre del desierto–, está inquieto.

Atrás: la música del piano. Alrededor: la luz diminutiva. Una resolana perenne. Un cuadro interior.

–No te hagas ilusiones.

la vida normal

Lo observó por largos ratos durante esos días. Lo hacía ininterrumpidamente, como si estuviera convencida de que sus ojos iban a guiarlo de regreso al mundo real, a la tierra. Lo veía con una testaruda esperanza, con determinación. Las preguntas, mientras tanto, se le acumulaban en la punta de la lengua. ¿Había intentado suicidarse? ¿Huía de algo? ¿Se encontró? A veces se imaginaba que el hombre del desierto había escrito esas palabras sobre el papel ahora arrugado justo antes de echarse a morir a un lado de una roca gigantesca. Otras, creía que lo había hecho antes de emprender el camino hacia la aridez que los rodeaba, en el momento mismo en que abrió la puerta de su casa.

«El amor siempre ocurre después,»

Y si eso era cierto y el hombre del desierto había, efectivamente, conocido eso u otra cosa, ¿no quería esto decir que se encontraba ahora en el después, es decir, dentro del amor, dentro de su historia?

«en retrospectiva.»

La mujer de Lot vira el torso. El ángel de Benjamín vuelve la vista atrás. Y todo se convierte en después. Tiempo

pasado. Se decía ese tipo de cosas mientras esperaba su regreso. Se decía: todo ocurre después y sólo se puede saber en retrospectiva. No hay otra manera. Después tomaba agua para combatir, líquido con líquido, algo que parecía embonar a la perfección dentro de la palabra tristeza.

–Deberías descansar –le dijo el médico colocándose detrás de su espalda, tocándole la base del cuello–. Deberías volver a tu vida normal –el arrepentimiento surgió mucho antes de terminar la oración completa, pero no pudo detenerse.

Los dos sonrieron de esa manera muda y desolada que acompaña a los que se quedan en los andenes.

Pensó en su vida normal. La desdobló frente a sus ojos. Un calendario de deberes interrumpido de vez en cuando por el *flash* de la fotografía. Levantarse. Tomar café. Manejar. Sentarse detrás de un escritorio. Leer. Revisar. Comer. Imaginar lo que sucede en otro planeta. Vivir en otro planeta. Leer. Revisar. Contestar el teléfono. Tomar las llaves. Manejar. Abrir la puerta. Caer de bruces. Soñar. El recorrido la hizo volver el rostro hacia el médico.

–El que debería regresar a su vida normal eres tú –le dijo–. Tus pacientes no te van a esperar toda la vida.

Él, tal como el hombre del desierto, se negó a hablar. Se negó radicalmente a la palabra. En silencio le dio la vuelta al sillón y se hincó, en silencio, frente a ella. Hundió su rostro en el regazo femenino. En silencio. Y, desde ahí, sin dar la cara, dijo:

–Pero tú eres mi paciente favorita.

Luego, con suma vergüenza, con pesar, con alevosía y ventaja, elevó el rostro y, por sus ojos acuosos, ella vio pasar a los trenes que los dejaban a ambos solos y absurdos sobre los anchos andenes de una estación desconocida. Estatuas de alabastro con una mano suspendida en el aire. Lo tomó de una de ellas y lo dirigió, así, como a un niño, como a un perro, como a alguien desvalido, hacia otra habitación. Encendió el abanico de techo y, con movimientos familiares

y anodinos, lo desnudó poco a poco. Un parapléjico. Un convaleciente. Un cadáver. Luego lo cubrió con las sábanas.

–Uno de estos días vas a tener que regresar –le susurró desde abajo del dintel de la puerta–. Tú sabes muy bien que uno de estos días vas a regresar, ¿verdad?

El médico ya no la oía. Su respiración escueta y regular le avisó que se había ido a otro lado ya. La mujer se encontraba en una casa donde dos hombres huían, o se encontraban, a toda velocidad detrás de los párpados. O delante de ellos.